



CAPITULO XII.

QUE NO HABIENDO REGLA SIN ESCEPCION, SE DAN CASOS DE SER PROVECHOSOS LOS ESCRITOS ANÓNIMOS.

UNA vez en México, merced á dos hombres de armas que Velasco envió con las damas para que de nuevo no fuesen interrumpidas en su marcha, calculando Elvira que en tales momentos cuatro personas á caballo llamarían la atención mas de lo conveniente á sus designios, comenzaron las dos cuñadas por apearse, y enviando á su casa los corceles con los caballerizos, ellas solas y envueltas en sus mantos completamente, encamináronse en derechura al palacio del marques del Valle, situado, como sabemos, en la plaza mayor de México. El aspecto jeneral de las calles era en sustancia el mismo que la noche anterior, si bien mas grave, amenazador y melancólico, pues habiendo ya corrido la noticia de que los Avilas estaban en capilla, á pesar de cuantas precauciones se tomaron para ocultarla, por una parte la fermentacion popular reprimida apenas en lo aparente, y por otra las redobladas precauciones de la audiencia, eran claros síntomas del mas violento estado en una ciudad posible. Los castellanos embozados en sus negras capas, y con el ala del chambergo cubiertos casi los rostros; los indios como amortajados en sus blancos mantos de algodón; unos y otros silenciosos, mirándose de soslayo con significativa espresion de miedo ó de ira, discurrían taciturnamente por entre las diversas patrullas que, con la pica ó el mosqueo al hombro, ya dispersaban un grupo, ya con un brutal: "¡Adelanta

ó atrás, caballeros!" despejaban el campo en todas direcciones. Pero el grupo deshecho aquí, volvía á formarse veinte pasos mas allá; y el curioso espantado en esta esquina, parábase en la inmediata, hasta que una nueva ronda le espantaba otra vez. Sin voces, sin actos hostiles de ninguna especie, el aspecto de los pobladores de México aquel dia, era amenazador realmente, tan amenazador, tan temible, que los soldados, por instinto mas que por consigna, requerian el cebo del arcabuz ó enristaban la alabarda al ver tres personas juntas, y volvian las esquinas con recelo, y no consentian que nadie se les acercase mas de lo que una pica alcanza.

Evidentemente habia divorcio entre la sociedad y su gobierno; evidentemente, México maldecia á los jueces, compadeciendo á los sentenciados ó quizá simpatizando con ellos; evidentemente, si el pueblo no careciera de concierto y jefes, ó la audiencia sí del apoyo moral y físico que le prestaban Velasco y sus banderas, aquel dia se perdiera Nueva-España. "Era tanto el alboroto (dice nuestro predilecto historiador) que se tuvo por cierto que la ciudad se alzaba." Para escribir, solos cuarenta años despues del suceso y en México mismo tales palabras, y obtener el libro que las contiene la aprobacion y licencia de los gobernantes, preciso es que la sedicion fuera en 1566 inminente en realidad, y á mayor abundamiento por los desaciertos y desafueros de los doctores con evidencia provocada. Y fué, en efecto; mas no debemos ahora anticiparnos á los acontecimientos, sino referirlos por su orden con la claridad posible.

Doña Elvira y Mencía, desconocidas y acaso mal juzgadas, porque apenas transitaban por las calles mas mujeres que ellas (otro síntoma precursor de las rebeliones), atravesaron gran parte de la ciudad sin que indio, ciudadano ni soldado, les dicesen el menor requiebro, hecho que consignamos como escepcional, y en prueba de lo profundo de la preocupacion que los ánimos dominaba; pues para que los españoles dejen de requebrar á una mujer tapada ó descubierta, preciso es que estén completamente fuera de caja, como decirse suele.

Pero, si no requiebros, tampoco embarazos hallaron en su camino hasta llegar á la plaza, que con asombro y terror vieron convertida en Plaza de armas, ó si se quiere en ciudadela; tales eran el número y cantidad de hombres de armas en ella hacinados, talos el conjunto y pormenores de su belicoso aterrador aspecto.

En cada bocacalle un cuerpo de guardia, mosqueteros con la horquilla clavada en el suelo y la mecha ardiendo, y una ó dos piezas de artillería, tambien prontas á romper el fuego. Delante de cada uno de esos puestos una avanzada de arcabuceros, con algunos jinetes de descubierta; á retaguardia, es decir: dentro de la plaza misma, su correspondiente reserva de picas, lanzas, partesanas y alabardas. Algunos cabos y oficiales iban y venian de parte á parte, inspeccionando los puestos, visitando los centinelas, explorando las avenidas,

y regresando á dar cuenta de sus observaciones ya á Manuel de Villegas, ya á Juan de Sámano que alternativamente pasaba de la cárcel á la plaza, y de esta á la casa de la ciudad en la misma situada, y donde la audiencia debia en breve reunirse. Cual si un ejército enemigo invadiera ya la antigua corte de Moctezuma, ó mas bien como si los que la plaza ocupaban fuesen rebeldes al gobierno lejítimo, recientemente sublevados, y esperasen de un momento á otro el ataque de las fuerzas de aquel, así estaban los semblantes de pálidos, los ánimos de inquietos, las vistas de azoradas, y las lenguas de mudas. No parecian, ni en realidad eran aquellos hombres soldados españoles; porque esos, siempre alegres, burlones y decidores, así en los triunfos como en los reveses, tienen por costumbre buscar ó esperar la muerte con la indiferencia en el corazon y la sonrisa en los labios; no parecian ni eran los allegadizos campeones de la audiencia de la misma raza que los inmortales conquistadores de México, ni hermanos tampoco de los que en Europa formaban los invencibles tercios de la gloriosa infantería castellana. ¡Ni cómo habian de serlo ni parecerlo, corchetes que trocaron de improviso la vara por el mosque; codiciosos aventureros que, defraudados en sus locas esperanzas de enriquecerse, tomaban la pica por no perecer de hambre; y bravos que ayer afiliados á la conjuración, se disponian hoy á contribuir al esterminio de los que ya no podian pagarles!—Por otra parte, aun los soldados de buena ley, cuando en tal servicio se les emplea, pierden al desempeñarlo su dichosa indiferencia y natural alegría; porque si la muerte en el campo es la gloria, la muerte en el suplicio la infamia ó el martirio, y al corazon humano repugna instintivamente, tanto ser parte en la una como en la otra.

Así, pues, nada mas natural que el fúnebre silencio que entre los guardadores de la plaza mayor de México reinaba al llegar á ella, ó mas bien á sus avenidas, las infelices esposas de los Avilas, en cuyos corazones resonaron, sin embargo, dolorosamente los ecos de monótono tétrico martilleo.... Algunos indios, pobremente ataviados, y por un cómitre ó corchete duramente dirigidos, clavaban en el suelo ciertos piés derechos, sobre ellos tablas, y sobre las tablas tendian negras bayetas, todo delante de la puerta de la casa de la ciudad.... ¡Construian el cadalso en que estaban condenados á morir D. Alonso y su hermano!

¡Por qué, sin verlo, pues las avanzadas las detuvieron desde luego, adivinaron Elvira y Mencía lo que aquellos rudos golpes significaban? ¡Ah! Porque hay en los desdichados un sentido esquisito para las desgracias, cuyo funesto organismo les revela, como por ensalmo, el mal que les amenaza, antes, mucho antes que le fuera posible adivinarlo por los síntomas comunes al observador desapasionado.

Mas como quiera que fuese, al escuchar el duro resonar de los martillos, Mencía tuvo que apoyarse en Elvira para no rendirse á la pe-

sadumbre de su espanto, y Elvira que decirse á sí misma: *¡Soy nieta de Hernán Cortés!* para soportar á un tiempo su propia y la ajena angustia.

—¡A dónde van las curiosas! les decía al propio tiempo un centinela. ¡Hoy es mal dia para gangas: vuélvanse á casa y recen por el alma de los que van á ajusticiar!

Aquel hombre, sin saber lo que hacia, estaba clavando desapiadadamente un puñal en los corazones de las dos infelícisimas señoras: mas la mujer de D. Alonso, cuya resolución de no rendirse al hado adverso superaba á los rigores mismos del destino, replicóle:

—¡No podremos entrar en la casa del marques del Valle!

—¡Hum! ¡hum! ¡Del marques del Valle! ¡No tendrá hoy la tal casa muchas visitas!

—Pero en fin: ¿puede ó no entrarse en la casa del hijo del conquistador de México? ¡Temeis hasta las lágrimas de las mujeres que allí pueden á llorar reunirse!

—Yo, reina mia, nada temo, voto á.... Pero lo que no quiero es recibir algun trato de cuerda por dejarlas pasar contra la órden, ó por entretenerme en conversacion con ellas. Por aquí no llegarán nunca á las casas del marques: den la vuelta á la calle, y acáso por la puerta falsa las dejen entrar. ¡Buenos dias, doncellas, si lo fueren!

El consejo era bueno; y siguiéronlo al pié de la letra las dos cuñadas; mas al llegar, en efecto, á una de las puertas no principales del palacio, halláronse con que, como todas ellas, estaba severamente guardada. Otra mujer menos varonil que Elvira cediera ante el cúmulo de obstáculos y dificultades que, como en los palacios y selvas encantadas de los libros de caballería, iban sucesivamente y cada vez mas insuperables oponiéndose á sus designios todos: mas en el carácter de la esposa de Avila no hacian mella los reveses, antes por el contrario, escitando su altivez nativa, dábanle aliento para luchar cada vez mas animosa y perseverante: así Anteo tomaba de la tierra, al caer en ella, fuerzas para luchar con Hércules.

Ver el cuerpo de guardia que iba á estorbarle el paso, y resolverse á lo único en realidad posible en tales circunstancias, so pena de retirarse, fué para Elvira instantáneo.

—Señores (dijo descubriéndose al cabo y á los soldados): miradnos bien; somos las esposas de los caballeros que van á ser *asesinados*; venimos á llorar nuestra desdicha con la marquesa. ¡Quién de vosotros osará impedirnos el paso? Hágalo el que de tan vergonzoso valor esté dotado, en la seguridad de que opondremos el pecho inermemente de dos mujeres aflijidas á su villano acero. Matádonos, abreviareis nuestro suplicio. ¡Mencía, mi amada hermana, entremos!

Y diciendo y haciendo, entró efectivamente en el palacio, sin que ninguno de los que aquella puerta custodiaban, osara ni hacer la mas leve demostracion de impedirselo.

La marquesa, de quien hace tiempo no hablamos, tuvo la primer noticia de la catástrofe horrible que se preparaba, al ver aquella noche ocupada la plaza, y circunvalada su casa por la hueste de la audiencia, debiendo solo á la diplomática benevolencia de D. Luis de Velasco, que por medio de secreto mensaje le dió aviso de quiénes eran los sentenciados, no pasar por la horrible duda que fuera consiguiente á ignorarlo. Grande fué sin duda alguna su afliccion, muy grande, por la desdicha de los Avilas, pero, sin acusarla ni remotamente de egoismo, podemos decir que bendijo á Dios por la merced que le hacia libertando, por entonces al menos, á su esposo y cuñado del hacha funesta. Tal era la situacion de su espíritu, cuando antes de amanecer el 3 de Agosto fuéronse presentando sucesivamente en el palacio, la andaluza Leonor, doña Juana de Sosa, y las demas mujeres, hijas ó madres de los caballeros presos, todas en lágrimas deshechas, todas temblando que á la muerte de los Avilas siguiera de cerca la de aquellos por quienes estaban respectiva y mas directamente interesadas; y todas, en fin, llamadas á la mansion del heredero de Hernan Cortés, por un aviso uniforme y ademas singularmente misterioso.

“D. Alonso de Avila y su hermano Gil Gonzalez de Avila están en caxilla para ser mañana ajusticiados: vuestro esposo (padre, hijo ó hermano) tendrá quizá pronto igual suerte. Id sin demora á casa de la marquesa del Valle, concertaos con ella; y con súplicas y lágrimas, á lo menos, procurad salvar á los infelices sentenciados hoy, para no llorar mañana la muerte de vuestros deudos. Con el papel que os envió podreis transitar por todas partes, sin que nadie os ponga embarazo.”

Tal fué la especie de anónima circular que recibieron al amanecer del 3 de Agosto todas las damas interesadas en la suerte de los presos, menos doña Elvira y Mencía, á quienes no creyó sin duda su desconocido autor necesario dirijírsela, ni en todo caso la recibieran, por hallarse, como sabemos, ausentes de la ciudad hasta el momento en que, rápidamente atravesada la distancia que de Tlatelolco la separaba entonces, entraron en el palacio de Hernan Cortés, hoy de Monteleone.

Precisamente en el instante de presentarse en la cámara de la marquesa las dos cuñadas, discutia el femenino cónclave, en distintos grupos dividido, ya la grave cuestion de averiguar quién fuese el autor del singular misterioso aviso que allí las congregaba, y al menos difícil, pero infinitamente mas importante, de resolver lo que en el caso debia de hacerse en obsequio de los Avilas, sin perjuicio de los demas caballeros aun *sub-judice*, como dicen los letrados, que viene á significar, libremente traducido: *aun con la cabeza en la garganta del lobo.*

Las damas optimistas, porque de todo habia en la junta, atribuián el anónimo á D. Luis de Velasco, apoyándose en la noticia que el capitán jeneral tuvo muy buen cuidado de hacer circular, de que no

aprobaba la sentencia fulminada contra los dos hermanos, é infiriendo de ahí que, al aconsejarles que *al menos con súplicas y lágrimas* procurasen salvarlos, buscaba solo un pretexto para oponerse resueltamente á que se llevara á cabo el jurídico asesinato.

Mas á eso respondia la fraccion pesimista, que siendo Velasco un hombre por el egoismo, la ambicion personal y el orgullo dominado, parecia delirio creerle autor de aquel aviso, y mas quizá suponer que, si él quisiera luchar con la audiencia, acudiese á tan pueril recurso como el de hacer llorar y rogar á unas cuantas mujeres. No habiendo persona amiga (proseguian las melancólicas) á quien suponer autora del anónimo, pues tal recurso era ajeno al carácter de la altiva doña Elvira, y no se le ocurriera en un siglo á la cándida Mencía, forzosamente debia de fijarse la atencion en los enemigos, esto es, en los doctores mismos, cuyo cálculo pudiera muy bien ser el de lanzar á las damas en un paso imprudente, para acelerar su venganza contra los caballeros, á pretexto de las demostraciones de aquellas, por inocentes y hasta lejitimas que fuesen todas.

“Salgamos á la calle (decian), y nos seguirá el pueblo; pidamos misericordia con lágrimas, y el pueblo nos hará el coro con voces sediciosas; alcemos nosotras el grito, y el pueblo arrojará piedras á los doctores. ¡Qué sucederá entonces! Que una docena de arcabuceros dispersará al pueblo; que nos quedaremos solas; y que, triunfante la audiencia, no solo degollará irremisiblemente a los Avilas, como ya se lo ha propuesto, sino tambien á nuestros deudos, acusándolos de amotinar la ciudad aun estando presos, y probándolo, mal sin duda, pero cuanto basta á su propósito, con decir que, si por su influencia y precepto no fuera, nunca nosotras intentáramos, ni menos consiguiéramos promover una asonada. ¡Doloroso es ciertamente ver morir asesinados á nuestros infelices amigos; pero arriesgar tambien, sin fruto para ellos, las cabezas de los que amamos, fuera, sobre necio, criminal á mayor abundamiento!”

Estarse quieto, no hacer, dejarse llevar por la corriente de los sucesos, esos son los funestos orígenes del fatalismo oriental; esos tambien los defectos capitales del carácter de los pueblos meridionales; esa la base de la superioridad de las razas del Norte que profesan la doctrina contraria; y esa, en fin, la mácsima canónica del egoismo, que rehusa tender la mano, por no mojársela, al infeliz que se ahoga. Pero, apresurémonos á decirlo en disculpa de las señoras que hemos llamado pesimistas: no el propio interes las estravió de la senda de noble abnegacion en que las otras caminaban, sino el temor disculpable, y hasta cierto punto motivado, de perjudicar á las personas que mas directamente que los Avilas les interesaban en aquel desdichadísimo negocio.

Menos en número las resueitas, aunque fuertes con el apoyo de la marquesa que á su frente figuraba, y la elocuencia apasionada de la

mujer del capitán Sarmiento, peleaban ya en retirada cuando, como apuntado lo dejamos, aparecieron en el femenino conclave las esposas de los sentenciados.

Ante la espresion del agudísimo desesperado dolor que en los semblantes de entrambas se retrataba, todas las lenguas enmudecieron, todos los pechos palpitaron con violencia, los mas de los ojos se arrasaron en lágrimas; y la marquesa, olvidando todo género de ceremonias, salió al encuentro y estrechólas con fraternal emoción contra su pecho.

Durante algunos minutos, ni las cuñadas acertaron á desplegar los labios, ni las demás señoras hallaban palabras que decirles; mas al cabo la mujer fuerte, nuestra sin par Elvira, hubo de tomar sobre sí, como de costumbre, romper el silencio para entablar directa y vigorosamente la cuestion.

—Marquesa (dijo) y vosotras amigas y señoras: ya veis que el cielo nos ha elegido para que seamos las primeras víctimas inmoladas en odio de Hernán Cortés y de su raza. Nuestros maridos están condenados á morir hoy en el cadalso que en esa plaza se está levantando. ¡Y no hay en México una sola espada para defender á los Avilas! ¡No; no hay en México un solo hombre que ose levantar la voz, si quiera, en defensa de la inocencia! ¡Dirá también la historia á nuestros descendientes que no hubo tampoco una mujer que llorar supiese para salvarlos!—Nosotras, Elvira y Mencía de Avila; nosotras, que fuimos y aun somos esposas de dos ilustres caballeros; nosotras, que seremos en breve viudas de dos hombres *por traidores* y á manos del verdugo muertos en suplicio infamante, venimos á decirlos: *Acompañadnos á implorar misericordia de esos tigres que se llaman jueces, para que cuando la nieguen, que si negarán, nos quede el consuelo de haber hecho cuanto la esposa debe al esposo y la amiga al amigo.* Ahora podeis, señoras, seguirnos ó abandonarnos, como os plazca, que yo y mi hermana cumpliremos en todo caso con nuestra obligación, lo mismo solas que acompañadas.

—Con vosotras iremos al cabo del mundo! (esclamó la noble marquesa.) Guad, si quiera sea de nuestros esposos lo que de los vuestros; que mas vale ser viudas con honra, que casadas con nota de cobardes y desagradecidas. ¡Si los Avilas mueren por leales á la familia de Hernán Cortés, la marquesa del Valle no quiere que nadie en lealtad la venza!

—¡Sigamos á las esposas de los Avilas! (gritó á su vez ecsaltada la ardiente Leonor), y sepa el mundo que si en México faltan hombres resueltos, sobran mujeres jenerosas.

—¡Sigámoslas, sigámoslas!!! dijeron también á una voz las demás señoras, entre quienes se propagó el entusiasmo con la rapidez de la chispa eléctrica; y desde aquel momento ya solo se trató de ordenar el plan de campaña, y llevarlo á cabo con decision y rapidez.

Dígase lo que se quiera, en tratándose de sentir, las mujeres valen infinitamente mas que los hombres; el cielo, á nuestro entender, les ha negado (y perdonen las doctas) las facultades lógicas, para darles en cambio tan abundantes y perfectas las sensitivas, que bien pueden consolarse de lo absurdamente que en jeneral racionan, con lo espontáneo, fácil, y noblemente que sienten.

Porque ha de saber el lector, ya que sin perjuicio de las reglas del arte y del interes de este libro podemos decirsele, que quien escribió el anónimo convocando á las damas para casa de la marquesa, en la prevision de un resultado de la especie misma del que aquella junta produjo en efecto, no fué capitán jeneral, ni doctor de la audiencia, ni alguacil mayor, ni hombre alguno, en una palabra, sino una mujer, y débil, y frágil, mas que frágil si se quiere, pero mujer y por tanto compasiva, esquisitamente sensible, dispuesta á sacrificarlo todo por salvar al hombre que la habia engañado, y de quien fué encarnizada perseguidora mientras no vió delante de él un cadalso: Beatriz, en fin, para decirlo de una vez y claramente. Confiando poco en la palabra de Ceinos, su resuelta esposa calculaba que en todo caso una demostracion pública de todas las principales mujeres de México no podia menos de ser útil á su proyecto; y en consecuencia, valiéndose de Fortun, especie de comodín que para todo le servia, hizo lo que sabemos, preparándoles convenientemente el terreno á doña Elvira y á Mencía.

Mas no por eso dejó Beatriz de insistir con su marido en obtener la suspension del suplicio de los Avilas, suspension que el doctor le tenia poco menos que asegurada, y á que sin embargo no daba ella mucho crédito, conociendo de larga fecha y profundamente la implacable rencorosa condicion de su esposo y dueño.

El, entretanto, ya por librarse de la obstinada persecucion de su compasiva consorte, ya porque, deduciendo del estado de aquella la mala impresion que en México debia de haber producido la sentencia contra los dos hermanos, comprendió la necesidad en que se hallaba, como gobernante, de no omitir precaucion alguna para llevarla á cabo: apresuróse á dejar el lecho y su morada desde muy temprano, marchando en silla y con escolta de alabarderos á la casa de la ciudad, á la cual pensaba llamar inmediatamente á sus dos colegas. Pero no hubo menester molestarse en pasarles aviso: Villalobos y Orozco, no menos inquietos que su presidente, y el primero ademas huyendo las cultas elejías de su doctísima hija, hallábanse ya en la sala capitular cuando Ceinos entró en ella, creyendo ser el mas madrugador de los gobernadores de México. A pocos momentos presentáronse también Sámano y Villegas á dar cuenta de no haber ocurrido novedad durante la noche, ni en la ciudad ni en sus arrabales y cercanías ó *afueras*, como ahora diriamos; así como de no advertirse tampoco por el momento síntoma alguno de rebelion en nobles ó pe-

cheros, castellanos ó indios, aunque sí muestras de profundo disgusto y terror insólito.

—¡Eso es bueno y saludable! (esclamó Ceinos.) Que nos teman, y así nos obedecerán sumisos.

—El pueblo (añadió Villalobos), debe temblar ante sus gobernantes.

—¡Como que á Dios representan! (concluyó Orozco.)

Verdaderamente, si Dios fuera digno de ser representado por tales hombres, como ellos lo pretenden, habría para Ni escribirlo queremos, porque fuera, aun hipotéticamente hablando, ofender al que es la *Justicia*, pero tambien la *Misericordia suma*.

Satisfechos, pues, hasta cierto punto los doctores del estado de las cosas, mas no pudiendo por eso desechar el terror que la tiranía lleva consigo, no menos para los que la ejercen que para los desdichados á su querer sujetos, ocupáronse sin descanso en dictar una providencia tras otra, acumulando precauciones sobre precauciones de tal forma que, si el ejército de Jerjes tuvieran á su disposicion, empleáranle todo, y quizás creyendo que les faltaba jente para enfrenar la supuesta osadía de un pueblo inerme, ya sin caudillos, y literalmente ocupado, como plaza recién conquistada, por las armas de sus satélites.

Conviene advertir que la audiencia se proponia hacer morir á los Avilas á las once de la mañana del día 4 de Agosto, en el cual, por una singular coincidencia, se celebraba y celebra al fundador de la Inquisitorial Orden de predicadores, como si la fortuna se complaciera en que precisamente con la fiesta de su patron, pudiesen los dominicos solemnizar el triunfo que sobre sus rivales los franciscanos alcanzaban. Pero, dejando eso aparte, porque ahora no importa, insistimos en repetir que el día señalado en la sentencia para la ejecucion de los reos fué el 4 de Agosto, en prueba de lo cual bastanos apuntar que no se les dió confesor hasta el 3 por la mañana, disponiendo terminantemente la legislacion entonces vijente, que al condenado á muerte se le administrase la santa Eucaristía veinticuatro horas antes de ejecutarle, salvos los casos de su negativa á recibir aquel sacramento, de querer con tal pretexto demorar su castigo, ó de ser temible en la dilacion algún escándalo ó peligro.

Así las cosas, ya Fr. Diego de Olarte con D. Fernando de Valdestillas, y los tres religiosos franciscanos, en la cárcel asistiendo á los sentenciados, y sobre poco mas ó menos al tiempo que la muchedumbre de los indios abandonaba, por Cristóbal persuadida, el Tianguetz de Tlatelolco, abrióse súbito de par en par la puerta principal del palacio de Hernan Cortés, frontera precisamente al cadalso en construccion; y con asombro de los soldados que la plaza ocupaban, comenzó á salir por ella la mas estraña y lúgubre comitiva que imaginarse puede.

Rompian la marcha, en dos hileras paralelas, una docena de paje-cillos todos de luto riguroso vestidos, llevando del cuello pendiente el blason del conquistador de México; y segufianles, con negros atavíos igualmente, mas que razonable número de criados, todos tambien melancólico el semblante, bajos los ojos, cruzadas las manos y de armas desprovistos. Dueñas con luengas tocas, doncellas con oscuros mantos, iban procesionalmente en pos de la servidumbre masculina; y á corto espacio de ellas las damas de la nobleza de México, todas en traje de viudas, cerrando la marcha la marquesa del Valle, que á su derecha llevaba á Elvira y á su izquierda á Mencía.

La sorpresa, en primer lugar; lo inofensivo de la procesion en segundo; y en tercero y último, el estarles mandado, sí, que nadie entrara en la plaza por las calles que en ella concluian, mas no que impidiesen á los vecinos de la misma que de sus casas salieran, fueron en gran parte causa de que los soldados de la audiencia, lejos de oponer el menor obstáculo á la marcha de la fúnebre comitiva, le abrieran espontáneamente paso, haciéndose á una y otra parte, y descubriéndose todos en testimonio, tan sincero como involuntario, del respeto que la afliccion de tantas, tan bellas y principales señoras les imponia.

Atravesó, pues, la plaza el enlutado escuadron en absoluto silencio y profundo recojimiento, hasta que los pajes que hacian cabeza, llegaron á la puerta de la casa de la ciudad, punto en el cual parándose, y dando frente á su centro, dejaron paso á la marquesa y á las dos cuñadas, cuyas tres señoras, seguidas entonces por las restantes del acompañamiento, presentáronse á solicitar urbana, pero enérgicamente tambien, ser admitidas á la presencia de los doctores.

La guardia especial de la casa de la ciudad, desde que vió encaminarse á ella á las damas, habia tomado las armas, y formada en batalla entre el cadalso y la puerta, esperaba las órdenes de su jefe, quien á su vez envió á pedir las de los magistrados, dando noticia por medio de su sarjento á Manuel de Villegas de lo que acontecia: por manera que, al significarle su deseo la marquesa, limitóse á contestar que nada podia hacer por sí, y que esperaba la resolucion de sus superiores.

—¡Han de negarse los señores de la audiencia hasta á escuchar nuestras súplicas, cuando á tanto descendemos las damas de la primera nobleza del reino? preguntaba la marquesa, reprimiendo á duras penas la esplosion violenta de su dignidad ofendida, cuando precipitadamente bajaron de la sala capitular á la plaza el alcalde y el alguacil mayor para enterarse por sí mismos de lo que pasaba.

Una sola ojeada bastó para que la perspicacia de Juan de Sámano comprendiese hasta qué punto era grave, precisamente por lo pacífica y al parecer inofensiva, aquella demostracion de las damas mexicanas, porque, aun prescindiendo del efecto moral que pudiese pro-

ducir en el teatro mismo de los acontecimientos, era evidente que, mas tarde en España, la nobleza toda miraría como agravio hecho á *la clase*, cualquier desaguisado que con las suplicantes se cometiera, y quizá la simple negativa á sus ruegos.

Pero ¿qué hacer con mujeres que, vestidas de luto, ni alborotan, ni lloran siquiera sino silenciosamente? ¿En virtud de qué ley condenar que el seco débil interceda por sus naturales apoyos y defensores lejítimos? Emplear las armas fuera un acto de inaudita barbarie, acudir al engaño intentar lo imposible, pues el cadalso estaba allí revelando con sangrientas voces la verdad de los hechos; y contemporarizar requeria tiempo, y dárselo entonces á los sucesos equivalia á perder la ya casi ganada victoria!

—¿Cómo no hemos previsto (preguntaba Sámano á Villegas) que estas malditas mugeres habian de hacernos al cabo alguna de las suyas?

—Solo el diablo (replicaba el alcalde) prevee lo que hará una muger. ¿Cómo quereis que adivináramos nosotros lo que habian de hacer entre veinte ó treinta que hay aquí reunidas, sin contar con las doncellas ni las dueñas?

Pero como en casos tales las reflexiones son inútiles, Sámano, que era hombre de accion esencialmente, se dijo:—Aquí no hay mas de irse al toro, y obrar como la suerte quiera y el ingenio lo aconseje. Con cuyo propósito y revistiéndose del aspecto mas compungido y cortesano que pudo, adelantóse hasta emparejar con la marquesa, y allí, descubierto y despues de una profunda reverencia, dijo:

—¿Qué tiene Vueseñoría que mandarnos, señora; y por qué se ha molestado en venir á pié y en tal dia á estos umbrales, pudiendo llamarnos á su casa, y disponer allí cuanto quisiera?

Miraba Villegas atónito á su colega, y con mayor asombro aún le miraba la marquesa, absorta de oír tal lenguaje en boca del mas encarnizado enemigo de su parcialidad y familia; mas recobrándose prontamente, respondióle serena:

—La marquesa del Valle y las damas de Méjico vienen hoy, como cumple á esposas, madres, hijas y hermanas de hombres que habitan en calabozos ó para quienes se levantan cadalsos; vienen, Sámano, á pedir, sí, á pedir, no ya justicia, sino misericordia para sus deudos.

—¿Ya en fin se reconocen culpables! exclamó Villegas con cándida ferocidad.

—Basta! (le interrumpió al alguacil mayor, sin dar tiempo á que D.^a Elvira le replicase, como ya iracunda movia los labios para hacerlo dignamente). Basta Villegas....! Señora marquesa, yo haré presentes vuestras súplicas á la real audiencia, y mucho me engaño si tan poderosa intercesion no alcanza en todo ó en parte *la misericordia que solicitais*. Retiraos en esa seguridad que no son momentos ni sitios estos para tan ilustres damas.

—Sámano (esclamó entonces Elvira), mi esposo y su hermano están en capilla; el cadalso en que han de morir casi terminado; los instantes valen ahora siglos; dejadnos ver á los doctores, ó sereis mas cruel aún que ellos.

—¿A qué humillaros de nuevo, señoras (respondió el alguacil, insinuante como la serpiente del Paraíso). Ya yo sé vuestra demanda y daré cuenta de ella.

—Nosotras (insistió enérgicamente la esposa de D. Alonso) queremos ver á los doctores. ¿Alguacil mayor, id á decírselo, si no deseais que sobre vos solo caiga toda la sangre inocente qua va á deramarse!

—Escuchad, señoras.... Comenzó á decir Sámano; pero las señoras y las criadas, cansándose de su importuna resistencia, ó hartas de callar, que es lo mas cierto, prorumpieron todas á un tiempo en agudos gritos, diciendo:

—¿Queremos ver á los doctores! ¿Queremos hablarles!

—¿Ah si fuérais hombres! gruñia Sámano tascando desesperadamente el freno de su impaciencia). ¿Ah si fuérais hombres....! Mas como no lo son, nos alborotarán la ciudad impunemente!!!

La situacion era difícil: toda la prudencia humana, toda la astucia de la raposa, pocas para salvarla; pero el magistrado municipal, sin desalentarse, haciendo ademanes de rendirse, logró ser oido para decir:

—Paréceme inútil, mas quiero complaceros: voy á solicitar de la real audiencia que os reciba, señoras.

Y añadiendo algunas palabras al oído de Manuel de Villegas, regresó en efecto, á las casas capitulares.

La primera resolusion del doctor presidente al escuchar la suscita resolusion que Sámano le hizo del caso, fué mandar aprehender por sediciosas á todas aquellas señoras, "con lo cual (concluyó) quedamos desembarazados de sus importunidades."

Ceinos era viejo, feo y mal casado; lo cual esplica la razon de providencia tan poco galante: pero el alguacil mayor, sin picarse de serlo poco ni mucho, comprendia que para impopularidad bastaba y aun sobraba con la degollacion de los Avilas, sin agregar á un acto ya en sí cruel, la odiosidad de una medida á lo Herodes; y por consiguiente hizo entender á los doctores que era preciso renunciar á toda idea de fuerza, y salir del apuro acudiendo á la maña esclusivamente.

Llevada la cuestion á su natural terreno, sin dificultad se comprendió que, negándose la audiencia á recibir y escuchar á las damas, el conflicto se haria inevitable, mientras que prestándose á oirlas, sin contraer compromiso alguno, se obviaban infinitos inconvenientes.—Oír al que pide gracia, nada mas natural y justo; mantenerse en la prudente reserva que tan árdulos negocios ecsije, conducta propia de graves jueces y políticos gobernantes; responder con ambigüedad